







doña Isabel, hija menor de San Luis, rey de Francia, que le dió su padre por mujer de buena gana. En Melun, pueblo de los Senones puesto en una isla pequeña que hace el río Secana, y de la una parte y de la otra del río, donde también hay edificios, se celebraron las bodas, más alegres en los principios que en lo de adelante por la esterilidad de la reina. Tuvo este rey en doña Marquesa de Rada, fuera de matrimonio, una hija, que tuvo el mismo nombre que su madre, y adelante casó con D. Pedro, hijo del rey de Aragón, habido en doña Teresa, como queda dicho.

Matilde, condesa de Boloña, sabida la muerte de D. Sancho, rey de Portugal, acudió por mar á aquella provincia para pretender el derecho de su antiguo matrimonio, si por ventura D. Alonso, su marido, pudiese últimamente mudar su dañada intención. Llegó á Cascaes, muy cerca de Lisboa, donde, sin que el rey le diese lugar para podelle hablar, fué forzada á dar la vuelta; escribióle empero una carta deste tenor: «Llegára más cerca y reprehendiera en tu presencia tu felonía, que fuera bastante recompensa del afán que en el viaje he tomado; pero, pues no me das lugar para esto, y como ingrato y cruel no pudiste sufrir nuestra presencia por estar herido de los agujones de la conciencia y poseído del demonio, no dejaré en ausencia de hacer esto, y dar testimonio con esta carta á todo el mundo del justo dolor que tengo y del agravio que me haces, que será una perpétua memoria de tu deslealtad é impiedad. Son ordinariamente ásperos los remedios que para las enfermedades son saludables: yo también escribo con gemidos y contra mi voluntad estas cosas; mas si va á decir verdad, yo te recibí cuando eras pobre, sin tierra, sin bienes, sin esperanza, estoy por decir, un hombre bárbaro, y esto en mi casa y por marido. ¡Oh demasía mía (diré), ó de los míos, ó de los unos y de los otros, y necia credulidad! Nuestra opinión y el crédito que de tu lealtad teníamos nos engañó, para que en cambio de que te dimos más de lo que pedías y mayores cosas que esperabas, hicieses burla de nos. Acuérdomé cuando jurabas que no podías vivir sin mí no más que sin tu ánima.

«¿Esta es la religión? ¿Esta la constancia? ¿Qué es esto? Con el reino sin duda has perdido el juicio, y te has ¡fementido! mudado en otro varón. Olvidado de mí y sin memoria del beneficio recibido, estás ocupado en nuevos amores de la que es forzoso se llame combleza, pues el primer matrimonio dura, y el nuevo es ninguno. ¿Descontentáronte nuestro linaje, la hermosura, la edad, las riquezas? Ó lo que es más cierto, ¿los reyes teneis por santo y por honesto lo que os viene más á cuento para reinar? Yo todavía soy viva, y viviré hasta tanto que mueva contra ti las armas de los príncipes y los odios de todas las naciones: como bestia fiera perecerás agarrochado de todos. El corazón me da que la divina venganza está sobre tu cabeza, y que muy presto llegará. El que al presente feroz con la maldad, y muy contento desprecias nuestras lágrimas, en breve, afligido con todos los tormentos, pagarás justísimamente la pena de nuestro dolor y de tu impiedad. Con esta sola esperanza en estos trabajos me sustentaré, la cual cumplida ó perdida, de buena gana dejaré la vida; mas de tal manera la dejaré, que claramente se entienda faltó tu deslealtad á lo que era razón y á lo que pensábamos, más aína que á nos la virtud y esfuerzo necesario.»

No se movió el ánimo obstinado del rey don Alonso por esta carta; antes públicamente se gloriaba que el día siguiente se tornaría á casar y celebraría nuevo matrimonio, si entendiese era á propósito para conservar su reino. Matilde dió la vuelta mal enojada contra el rey: echaba sobre su cabeza grandes maldiciones. En Francia se fué á ver con el santo rey Luis para tratar de vengar aquel agravio: al pontífice romano Alejandro IV envió sobre el caso sus embajadores. En el francés halló poca ayuda por estar su reino tan léjos; el Padre Santo amonestó á D. Alonso, y le protestó que volviese al primer matrimonio y recibiese en su gracia y se reconciliase con Matilde, su primera mujer: advirtióle cuánto peligro corría su salvación, que no debía con obras tan malas irritar á Dios. Á estas voces y amonestaciones las orejas del rey estaban tapadas, obstinado el ánimo: la codicia y ambición, consejeros ma-



los, le ponían telarañas delante de los ojos para que no viese la luz. El pontífice, porque no quería obedecer, le descomulgó: puso entredicho en todo el reino de Portugal, que dicen duró doce años, porque ni el rey se quería enmendar, ni los pontífices que le siguieron aflojar en la justa indignación y castigo. Los pueblos inocentes pagan la pena de los excesos que hacen los reyes: así van las cosas humanas; así lo lleva la condición de nuestra mortalidad.

Por lo demás, el rey D. Alonso era de condición mansa y tratable, muy amigo de justicia. Quitó en toda la provincia los salteadores y libertad de hacer mal, ca por la revuelta de los tiempos y por la flojedad del rey D. Sancho prevalecían en todas partes los males. Ordenó leyes, estableció fueros, tuvo con cierta igualdad trabados entre sí los mayores con los medianos, y con éstos los más bajos del pueblo. Esto en su casa y en el gobierno. En la guerra no tuvo menor esfuerzo; con sus armas y por su diligencia se ensancharon los términos de su Estado. Ganó de los moros á Faro, Algecira, Albufera y otros pueblos por la comarca de Silves. Fundó y pobló de nuevo á Castro, Portalegre, Estremoz: la ciudad de Beja y otros muchos pueblos y castillos, que por la revuelta del tiempo pasado estaban por tierra ó maltratados, los reparó y reedificó. Hay también muestras de su piedad: en Lisboa un excelente monasterio, que por estos tiempos fundó y llevó al cabo, del orden de Santo Domingo; en Santarén otro de monjas de Santa Clara, que edificó á sus expensas desde los cimientos: la liberalidad que usaba con los pobres era tan grande, que muchas veces, consumidos los tesoros, para juntar dinero y remediarlos empeñaba las alhajas y joyas de su casa.

Á D. Alonso, rey de Castilla, cuya fama volaba por todo el mundo, vinieron por el mismo tiempo embajadores del Soldán de Egipto: traíanle mucha ropa, preciosos tapices y alfombras que le presentaron: demás desto animales muy extraordinarios y nunca vistos en España. Fué esto el año de mil y doscientos y sesenta: en este año una villa de Guipúzcoa, parte de lo que llamamos Vizcaya, mudó el nombre anti-

guo de Arrasata en el de Mondragon, como se ve por un privilegio del mismo rey D. Alonso de los más antiguos que se hallan escritos en lengua española; porque fué el primer rey de España que en lugar de la lengua latina en que se escribían las escrituras públicas, mandó se usase la española. Hay otrosí una bula del papa Alejandro IV, dada en Anagni á diez y ocho de Marzo el quinto año de su pontificado, en que manda que la ciudad de Segorve, que por este tiempo se ganó, esté sujeta al obispo de Albarracín, que se llamaba obispo de Segorve aún antes que aquella ciudad fuese de los moros ganada. Hay otra bula del mismo pontífice dada el sexto año de su pontificado, que es el en que vamos, en que mandaba que el obispo de Segorve, que lo era en aquel tiempo también de Albarracín, sea sufragáneo de la iglesia de Toledo.

Opúsose D. Arnaldo de Peralta, obispo de Zaragoza: alegaba que parte de aquella diócesis era de su iglesia. El pontífice, vista la resistencia, moderó la primera concesión con otra bula en que declara ser su voluntad que á los obispos de Zaragoza, no obstante lo susodicho, quedasen salvos sus derechos. El punto desta diferencia consistía principalmente sobre la palabra Segobriga: constaba que una ciudad deste nombre fué antiguamente sufragánea de Toledo; pero la tal ciudad estaba en la Celtiberia, la Segobriga, es á saber, Segorve, de que se trataba y sobre que andaba el pleito, alegaban los aragoneses estar en los Edetanos, bien apartada de la otra. Este parecer, contra lo que tenían antes determinado, prevaleció finalmente los años adelante. El de mil y doscientos y sesenta y uno, á los veintisiete de Octubre, falleció Don Sancho, arzobispo de Toledo. Entró en su lugar Pascual ó Pascasio, que era dean de aquella iglesia, el mismo que llevó la cruz delante el arzobispo D. Rodrigo en las Navas de Tolosa. Fué natural de Almoguera, pueblo del Alcarria. Debía ser muy viejo, y así parece murió electo por Junio luego siguiente. Su sepultura está en la capilla de Santa Lucía, iglesia mayor de la misma ciudad.

Falleció en Tarento, ciudad en lo postrero de Italia, algunos años antes deste tiempo el